



EL PADRE D. JOSE ANTONIO TORRES.

Dilatada y azarosa fué la carrera de éste célebre insurgente que ha pasado á la leyenda y cuyas hazañas aún son repetidas en Michoacán y Guanajuato, adulteradas por la imaginación popular.

Nació en el pueblo de Cocupao, cercano á Valladolid por el año de 1770, de personas de pocos bienes, aunque con los suficientes para proporcionar á su hijo los elementos necesarios para dedicarse á la carrera de sacerdote, que fué elegida por aquéllos, sin tener probablemente en cuenta, la vocación del joven Torres. Hizo sus estudios con escaso aprovechamiento, pues según afirma Alamán, apenas entendía el oficio divino; destinado á administrar la Vicaría fija de Cuitzeo del Porvenir cuando dió principio la revolución, inmediatamente tomó parte en ella unido á Albino García, al que consideraba como su superior por el grado que tenía y por el mayor número de gente que mandaba.

Reunió una partida regular de gente, lo que era muy fácil en aquellos días, y con ella se lanzó al campo, expedicionando desde entonces por la provincia de Michoacán y algunas veces por la de Guanajuato, en el rumbo de Pénjamo y Valle de Santiago. Ya se cita su nombre en el asalto que sufrió Valladolid el 2 de Junio de 1811, sin embargo, mientras vivió Albino ninguna expedición hizo por su cuenta y después de la muerte de éste guerrillero permaneció durante largo tiempo en la inacción y apenas se men-

ciona su nombre no siendo dignos de narrarse sus hechos sino hasta 1814 en que por causa de la muerte de otros insurgentes más famosos, empezó á figurar en primera línea. Cuando en ese año se supo que Fernando VII había vuelto á España, los comandantes realistas escribieron á los insurgentes, haciéndoles saber la noticia é insistiéndolos á que depusiesen las armas, ya que su actitud no tenía razón de ser, supuesto que ellos también proclamaban á Fernando: el Doctor Cos que había ido á dar con el Mariscal Torres, contestó en nombre de éste á Negrete, que el regreso de ese monarca era funesto para todos los países de la monarquía, pues aquél no era en realidad, un agente del Emperador de los franceses.

En ese año de 1814, sufrió Torres en la provincia de Guanajuato varias derrotas que le ocasionó Iturbide, que era el Comandante realista de ella y únicamente cuando éste jefe concurrió al sitio de Cóparo, fué cuando el insurgente obtuvo algunos éxitos; unido al Giro, Lucas Flores, Saucedo y otros atacó el 4 de Febrero de 1815 á Acámbaro de donde se le rechazó; siguió, no obstante, expedicionando ya solo, ya unido con otros, y ayudó á la sorpresa que sufrió Guanajuato (25 de Agosto). Cuando Terán disolvió en Tehuacán el Congreso, y Anaya, la Junta de Tarétan, los Jefes de Michoacán resolvieron formar otra que primero se llamó de Uruápam y después de Jaujilla, por haberse establecido en el fuerte de éste nombre, el Padre Torres fué uno de los vocales, si bien no tenía la obligación de permanecer con los demás vocales integrándola, su fuerza entonces constaba de ochocientos hombres que á fuerza de derrotas habían aprendido algo del arte de la guerra. El ejemplo de Rayón en Cóparo fué el que indujo á aquel caudillo á establecer el fuerte de los Remedios, en el cerro de San Gregorio, inmediato á Pénjamo y á regular en el valle de este nombre el cobro de las contribuciones de que subsistían él y su ejército.

Ese fuerte le fué de mucha utilidad, pues á él se retiraba siempre que era derrotado por Castañón ó por Orrantía; cuando Mina llegó al Sombrero quiso ponerse en relacio-

nes con la Junta de Jaujilla y al efecto, y por invitación especial, se dirigió á los Remedios donde conferenció con el Padre Torres, el Doctor San Martín y el Lic. Cumplido, miembros los tres de aquélla; se trató de la defensa que se resolvió se redujese á los fuertes y del mando superior que se le dió á Mina, "manifestando Torres que lo cedía por consideración, pues á él debía corresponderle por tener el empleo de Teniente general que le había dado la Junta." Entre un Teniente general que no sabía nada de milicia y un simple Oficial, tan competente, no podía haber vacilación, y así debió comprenderlo Torres cuando se mostró tan generoso; sin embargo, no fué muy leal para con Mina. El padre Torres recibió del tesoro tomado en el Jaral, ocho mil pesos para comprar provisiones y quedó encargado del fuerte de los Remedios el Coronel Novoa llegado con el navarro. Estrechado el sitio del Sombrero por Lifián, Torres no pudo proveer á la fortaleza de víveres y lo único que consiguió fué ser derrotado por Ráfols en las llanuras de Silao el 12 de Agosto.

Obligados los sitiados á salirse del Sombrero, se dirigieron á los Remedios, donde Torres activaba la construcción de fortificaciones, pues no dudaba que á su vez iba á verse sitiado, como sucedió en efecto; reunió también todas las partidas independientes que había en la comarca y acordó con Mina en que éste saliese á expedicionar, para lo cual le dió parte de su ejército. El 27 de Agosto empezó el sitio del Cerro de San Gregorio que se levanta en medio de la llanura y que fué regularmente fortificado, teniendo además, agua suficiente; su guarnición se componía de 1,500 hombres de los que 300 tenían instrucción, y aunque el mando superior lo tenía el Padre Torres, en realidad mandaba Novoa. El 31 de ese mes empezó Lifián á construir sus trincheras, ocupó luego el Cerro del Bellaco y rompió el fuego el 13 de Septiembre. Surgieron entonces graves desavenencias entre Torres y Mina, pues mientras el primero quería á todo trance ser socorrido, Mina era de opinión de que el único medio de hacer le

tar el sitio era llamar la atención de los sitiadores hacia otro punto que les conviniese conservar como Guanajuato; de aquí resultó que Torres diese orden á los insurgentes de que sólo auxiliasen á Mina en el caso de que se dirigiese á atacar á Lifián, el que por cierto estaba escaso de víveres y tan lleno de dificultades, que para salir de ellas se resolvió dar un asalto general en el que fué rechazado, sufriendo grandes pérdidas los realistas. A su turno dirigidos por los Oficiales extranjeros, hicieron una atrevida salida en la que clavaron dos cañones, destruyeron una batería y se llevaron un cañón sin sufrir daño alguno. La Junta de Jaujilla fué del mismo parecer que Torres, por lo que Mina tuvo que prometer que auxiliaría á los Remedios; mas ya no lo pudo hacer por las peripecias que le ocurrieron en el camino y que dieron por resultado su captura y fusilamiento á los pocos días.

El 11 de Noviembre, Torres y los sitiados de los Remedios contemplaron desde sus fortificaciones la muerte del héroe navarro y comprendieron que ya no debían esperar muchos auxilios de afuera: el 16 sufrieron un nuevo y fuerte ataque que supieron rechazar denodadamente, dejando en el campo á 393 sitiadores entre muertos y heridos y haciendo que Lifián dijese al Virrey que levantaría el sitio si no se le mandaban refuerzos y artillería. Cruz Arroyo consiguió entrar al fuerte y el 28 de Diciembre se hizo una salida para introducir un convoy de municiones, pero frustrado el ataque, se resolvió la salida para el 1o. de Enero de 1818 por el lado de Panzacola. La carnicería que hicieron los realistas en hombres, mujeres y niños, fué horrible; perecieron Cruz Arroyo, muchos extranjeros y otros fueron fusilados, escapando solamente el Padre Torres y unos cuantos, las mujeres que se libraron de la muerte fueron rapadas á navaja, algunos presos fueron enviados á Mexcala y la revolución sufrió un golpe tan tremendo en Guanajuato, que puede decirse que casi acabó en el fuerte de los Remedios, pues los últimos caudillos insurgentes se sometieron ó fueron muertos, y únicamente quedó en las montañas del Sur D. Vicente Guerrero con un corto ejér-

cito que nunca pudo ser vencido y que resistió por dos años más á todo el poder español, acabando por unirse á Iturbide para hacer la Independencia, según veremos.

El Padre Torres, sin embargo, todavía continuó expedicionando por algún tiempo y aún se presentó el 3 de Febrero de ese año de 1818 delante de Jaujilla, fuerte estrechamente sitiado á la sazón por Barradas y Aguirre; Lara lo derrotó, no obstante la resistencia que opuso Erdozain, uno de los Oficiales que trajo Mina; regresó Torres á Guanajuato y en Surumuat, á poca distancia de Pénjamo donde había establecido el centro de sus operaciones, fué derrotado nuevamente. Entonces, para privar de recursos á los realistas, adoptó un sistema de desolación, que á haber sido general habría convertido al país en un árido desierto: en Michoacán mandó quemar el pueblo de Uruapan con su iglesia sin sacar ni aun los ornamentos y vasos sagrados, y en Guanajuato hizo lo mismo con los pueblos de San Francisco, Penjamillo, Valle de Santiago y aún el mismo Pénjamo que era el lugar de su residencia. Descontento de su segundo, Lúcar Flores, porque no introdujo víveres al fuerte de los Remedios ó porque quería indultarse, lo hizo llamar, jugó con él á las cartas, lo invitó á comer y en seguida lo hizo fusilar. También sin causa legal conocida ordenó que fuese fusilado Don Remigio Yarza, Secretario que había sido del Congreso de Chilpancingo y uno de los firmantes de la Constitución de Apatzingán.

Todos estos desmanes hicieron que los insurgentes que obedecían á Torres, se reuniesen en Puruándiro en Abril del mismo año 1818 y acordasen negarse á obedecerlo; el Giro fué el principal promovedor de éste episodio, que dió por resultado que el mando de la provincia de Guanajuato, recayese en Don Juan Arago, llegado con Mina, hermano del conocido astrónomo francés. La Junta de Huetamo aprobó el nombramiento, pero Torres no quiso someterse y se retiró al Rincón de los Martínez con los Ortiz (Pachones). Entre estos y el Padre Torres reunían aún 1,400 hombres con los que atacaron á Don Anastasio Bustamante el 18 de

Abril en el rancho de los Frijoles, perteneciente á la Hacienda de Guanfmaro. la caballería insurgente segura del triunfo dió una carga á la infantería realista, pero recibida por un fuego nutrido se dispersó y la infantería mandada por Ramírez y por Wolf que hizo resistencia, pereció en su mayor parte; perdieron los insurgentes 300 hombres, algunos jefes y se dispersaron de tal modo, que aquélla fué la última batalla que se dió en el Bajío. El Padre Torres huyó al ver derrotada su caballería.

Sin embargo, los Pachones y Borja lo seguían aún y todos ellos proclamaban que la Junta de Huetamo era ilegítima; como aún ésta dejase de existir en Julio, Arago se encontró sin autoridad que lo sostuviese y convino con Torres en tener una conferencia á orillas del Río Grande, teniendo por línea divisoria el mismo río; Torres trató de darle largas al asunto, pues Arago exigió que se le respondiese en un plazo perentorio; pasado él el Giro atravesó el río y derrotó á Torres que se salvó gracias á la ligereza de su caballo. La vida del Mariscal sacerdote, dice un autor, fué desde entonces una continua zozobra: temiendo tanto á los realistas como á los insurgentes, pasaba el día en algún rancho ó hacienda, teniendo siempre los caballos ensillados para huír al primer aviso que le diesen los vigías que apostaba en todos los rumbos: al obscurecer se retiraba á los montes, no pasando nunca dos noches consecutivas en el mismo paraje y mudando muchas veces de lugar en la misma noche, sin quedar en compañía de su gente, pues se internaba solo al sitio en que podía tenerse por seguro."

Aunque casi sin soldados, ni prestigio y desobedecido por todos, pues Arago quedó en su lugar y no tardó en indultarse, Torres era objeto de viva persecución de parte de los realistas á causa de ser el único jefe insurgente que quedaba en la provincia, pues Licéaga y el Giro hacía pocos días que habían muerto. Marqués Donallo recibió el encargo de perseguirlo vivamente y no le dió un momento de reposo, obligándolo á internarse en la sierra de Guanajuato. A fines de ese año se encontraba Torres con su

hermano Don Miguel en la hacienda de Tullilón del Distrito de Silao jugando albures con el Capitán Don Juan Manuel Zamora que tenía un buen caballo del que quería hacerse Torres: ganó á Zamora 1,000 pesos y otros 250 por los que dejó en prenda su caballo, pero queriendo recobrarlo volvió al día siguiente con el dinero, no obstante lo cual Torres se negó á devolver el animal. Irritado Zamora, que no estaba en sus cabales facultades, profirió algunas amenazas en las que no quiso hacer alto el guerrillero; habiéndose puesto en camino todos juntos Zamora, insistió en la devolución y resistiéndola el padre, cuando ya estaban en terrenos de la hacienda de la Tlachiquera, el Capitán pasó á las vías de hecho haciendo uso de su lanza y atravesando con ella á Torres. Don Miguel Ortiz y los demás acompañantes de éste se echaron sobre Zamora para desarmarlo y le dieron muerte. Pocos minutos después, espiraba el célebre Mariscal y Teniente General Presbítero Don Antonio Torres, en el rancho de las Cabras, lugar donde fué sepultado su cadáver.

Su muerte en nada influyó ya en la pacificación de la provincia, pues ya estaba enteramente desprestigiado y sin partido. Fue valiente, temerario y en un tiempo ejerció decidida influencia en la comarca: "Si se hubiera unido de buena fe con Mina, hubiera podido causar graves cuidados al gobierno," pero nunca llegó á ser leal con este caudillo y esa conducta fué la causa de la perdición de ambos. El tiempo ha hecho olvidar sus desmanes y atrocidades para no acordarse más que de su defensa del fuerte de los Remedios y si antes su nombre era repetido con horror, como dice Alamán, hoy ya no es así.
